

LAS QUINTAS DE MI TIEMPO

Estos, *Fabio ¡ay dolor! que ves ahora*
jardines sabiamente dibujados,
Fueron un tiempo rústicos cercados
De enhiesta pita y succulenta mora.

Y aquellas que allí ves altas mansiones
De mil primores llenas, antes fueron
Modestas granjas donde en paz latieron
Más nobles y sencillos corazones.

Naturaleza entonces a sus anchuras
Por estos sus dominios discurría,
Y como es dada a la labor, tejía
Mil suertes de galanas ¡vestiduras.

Aquí rastrando la humedad del suelo,
Las violetas silvestres agrupaba,
Y por todas las quintas derramaba
Un fresco aroma que llegaba al cielo.

Pródiga aquí de sus mejores galas,
Prendía a las ventanas de una hermosa,
De mosqueta o jazmín red olorosa
Que desfilaba el aire con sus alas.

Por cima de los cándidos rebaños
Que agrupaba el pastor en los oteros,
Derramaban en flor los durazneros
Una alegre sonrisa de quince años.

Y no bien tapizaba la pradera
Y en los verdes naranjos florecía,
De sus maternas manos recibía
Su corona nupcial la primavera.

Mas tú dirás, amigo, que al presente,
Aquella nuestra madre, de igual modo
Sustenta, anima y embellece todo,
Y quien dijere lo contrario miente.

¡Infeliz! ¡Cuál te engañas! Tú no sabes
Lo qué eran estos sitios, cuánta escena
De amor y paz y venturanza llena
Huyó con las violetas y las aves.

Figúrate: es domingo; el aire en calma:
Mucho sol, mucha luz, mucha alegría;
Una de esas mañanas en que ansía
Verse trocada en golondrina el alma.

Verás aquí y allá, por los senderos,
Confundidos los pobres y los ricos,
La madre, las amigas y los chicos
Con sus lucientes trajes domingueros.

Dan al viento los niños infinitas
Pandorgas, con navaja, y en batalla,
Y a cada triunfo un clamoreo estalla
En el hueco inmortal de Cabecitas.

Se oyer el rumor de biznagal que abrasa
El adobe en los hornos; el ligero
Grato sonar de tarros del lechero
Que a largo trote por las quintas pasa.

Y allá van, salpicando las veredas,
Guiadas por un criolo o un navarro,

Las carretas de pasto, que en el barro
Vuelven crujiendo las pesadas ruedas.

Torna ahora los ojos, Fabio, y mira
Aquel grupo de un árbol a la sombra,
Que tiene el césped por mullida alfombra,
Y la guitarra nacional por lira.

¿Que ves allí? De un asador pendiente,
Asándose el cordero apetitoso,
Y circular el mate generoso
En vez de la botella de aguardiente.

¡Oh campestres paseos! ¡Oh manjares
Jamás llorados cual se debe ahora!
¡Oh sencillez, antigua y bienhechora,
Salud un tiempo de los patrios lares!...

Mas calle, amigo, nuestra queja vana,
Que si un remedio a nuestras ansias veo,
Es quedar como Lope ante el Liceo
Llorando la vejez de su sotana.

Juro, Fabio, por todos los poetas,
Que no hay porteñas hoy más regaladas
Que aquellas que acudían en bandadas
A nuestras quintas a juntar violetas.

¡Las vieras, preparándose al asedio,
Cuando aquellos piccitos voladores
No podían llegar hasta las flores
Porque estaba una zanja de por medio!

Cuánto ardid para asirse de ramaje
Y traspasar el cenagoso abismo,
Alzando con angélico heroísmo
La muselina del sencillo traje!

Mas no faltaba un vástago de mora
Cual un brazo flexible, que de intento
Para ayudarlas inclinaba el viento...
Que tanto puede una mujer que llora.

Las veo aún, con las mejillas rojas,
Como granadas de Engadí partidas,
Y las húmedas manos florecidas
Mariposeando entre las verdes hojas;

Y correr, y chillar, y ser más bellas
Cuando lanzada como rauda fija,*
Cruzaba una medrosa lagartija.
Con grave susto disparando de ellas;

Y, ya en violetas rebosando el seno,
Búcaro ardiente que las flores aman,
Cómo por los senderos se derraman
Dejando el aire de perfumes lleno.

¡Oh, mi dulce portefaña, amada mía!
¡Ya no hay violetas ni silvestres moras;
Huyeron ya de la niñez las horas
Dulces y alegres cuando Dios quería!...

RAFAEL OBLIGADO